

FAUNA INDÍGENA.

EL ZOPILOTE.

Las aves carnívoras figuran entre las más comunes de México; su raza más abundante que la caza que les sirve de manutención, aun no ha sido diezmada por los cazadores, y forma parte de las especies que se pueden adquirir más fácilmente. En el continente americano estos pájaros encuentran por todas partes un alimento abundante: los *zopilotes* en particular lo tienen allí con tal profusión, que su número es mucho mayor de lo que se puede creer, pues siendo los únicos encargados de limpiar la superficie del terreno de innumerables restos de animales, han adquirido, merced á los servicios que prestan, el derecho de no ser molestados por nadie. Las especies que más frecuentemente hemos visto, son: el *Cathartes aura* y el *Cathartes urubu*. Los indios de México han llamado siempre á ambos *zopilott*, palabra que los españoles han trasformado en *zopilote*, y es la única empleada en toda la República.¹

Estos pájaros no aprecian únicamente la carne corrompida: su apetito se satisface perfectamente con carne ménos perfumada, y no es raro que ataquen á los animales enfermos ó agonizantes. Constantemente posados en lo más alto de los árboles ó volando á grandes alturas, siguen á los rebaños y los observan sin cesar. Cuando un buey, una mula ó un caballo cae, en el mismo instante los zopilotes se apresuran á rodearlo. Primero se acercan, forman despues círculos en el aire y quedan como suspendidos sobre su presa: observan sus movimientos y aguardan con una paciencia lúgubre á que la muerte acabe de cedérselas. Otras veces, cuando comienza la agonía del animal, estos pájaros traidores y asquerosos se aproximan, semejantes á arpías; se paran en el suelo formando un círculo alrededor de la víctima, y la vigilan con una calma flemática que recuerda el espectáculo de un grupo de herederos rapaces, que aguardan con silencio y recogimiento el fin de un moribundo. A medida que la vida se va extinguiendo en el animal agonizante, los grupos negros estrechan sus filas y se aproximan, aunque con desconfianza, á la víctima; en fin, cuando los movimientos de ésta son ya tan débiles que no pueden ofenderlos, saltan sobre el cuerpo y le abren el vientre con el pico. Frecuentemente los sacudimientos y las convulsiones del moribundo los alejan por un instante, pero muy pronto se familiarizan con estas escenas y no se espantan. Evitan las patadas saltando maquinalmente á los lados, y vuelven lue-

go á la carga con calma y sin cólera y con una indiferencia tal, que tiene algo de diabólica.

Desde que raya el alba, estos grandes pájaros invaden la ciudad de Veracruz, remueven los muladares y disputan con los perros los desperdicios de las cocinas y de las carnicerías. Despues de haber limpiado la ciudad de todas las inmundicias y de haberse satisfecho en este delicioso festin, van á dormir su siesta sobre las cruces de los campanarios, los barandales de los balcones y hasta en los quicios de las puertas. En un momento, las cúpulas de las iglesias, las cornisas de las torres, las estatuas y las molduras de los monumentos quedan cubiertas por ellos; bandadas numerosísimas se encuentran tambien en las sabáanas.

Este pájaro es el que más llama la atencion de los viajeros, porque es el primero que ven cuando desembarcan, y porque la extraordinaria familiaridad de sus costumbres forma notable contraste con la timidez y lo salvaje de nuestros pájaros de Europa. Es un error creer, que á la caída del dia el zopilote se aleja de las cercanías de los lugares habitados y que se retira á las rocas y á los árboles de las montañas, para pasar allí la noche. Duerme lo más apaciblemente del mundo posado sobre los árboles de los patios y sobre las balaustradas de los balcones. Establece sus nidos sobre estos mismos árboles, y cuentan que en las cercanías de Veracruz anida en los agujeros de las paredes arruinadas ó sobre el suelo entre los matorrales. Sin embargo, prefiere para esto los árboles elevados de los lugares solitarios, particularmente aquellos que vegetan sobre las rocas ó que se elevan en las barrancas ó en las cañadas. En la época de la puesta suelen reunirse en gran número en aquellos lugares, y constituyen especies de sociedades que los mexicanos designan con el nombre de *zopiloterías*.²

Esta ave es esencialmente doméstica, y lo es con más justa razon que las de nuestros corrales, puesto que su instinto propio y no el trato del hombre es lo que la hace vivir en sociedad. Se podría sospechar que la paz completa en que se deja al zopilote es la causa única de su gran familiaridad. Pero hay evidentemente algo más que esto: un verdadero instinto lo lleva á no temer al hombre, pues los otros buitres que tampoco son perseguidos, no abandonan por esto sus costumbres salvajes. Los zopilotes, al contrario, tienen de tal manera el aspecto de las aves de corral, que muchos viajeros se han engañado. Desmarchais los ha tomado por gallos de India, acostumbrados á nutrirse con cuerpos muertos, y Beulloch los compara á grandes gallinas. Es un hecho que ninguna ave se domestica más completamente que el zopilote, pero las inmundicias que tiene comunmente adheridas al pico, y el olor infecto que le acompaña, hacen que se huya su sociedad y se desprecien sus caricias, lo cual los preserva de ser encerrados en jaulas ó en los corrales.³

En un país como México, donde los campos están llenos de bueyes y de caballos, y los caminos recorridos por millares de mulas, les es muy fácil adquirir la subsistencia. Los cadáveres de los animales que sucumben á la hambre, á la sed ó á la fatiga, abundan por todas partes. En una época de seca he visto un grande espacio de terreno cubierto de cadáveres de reses muertas de hambre, y en tal número, que los zopilotes no eran suficientes para devorarlos ántes de entrar en completa putrefaccion. En compensacion, en los planíos arenosos de la mesa del Anáhuac, el cadáver de una mula es con frecuencia la manzana de la discordia entre los zopilotes, los perros y los coyotes.

Diversos viajeros han pretendido que los Cathartes se reunen en bandadas para atacar á los animales grandes para devorarlos vivos; pero es necesario averiguar bien si son los Cathartes los que cazan de esta manera y no otros buitres más cercanos á las águilas, pues los zopilotes tienen una calma y una pereza tales, que autorizan poco á suponerles semejante audacia. Este hecho, sin embargo, no seria imposible; si se vieran obligados por el hambre, pero en México jamás les puede faltar alimento, pues en todas las estaciones tienen banquetes opíparos. Se diria, al contrario, que un instinto particular les hace comprender si un animal se acuesta para dormir ó si cae exánime é imposibilitado de oponer resistencia. Miéntas que el buey se pasea libremente por la llanura no intentan atacarlo, pero si sufre el menor entorpecimiento en sus movimientos, los zopilotes acuden al instante. No es necesario que esté moribundo; basta que se halle incapaz de defensa para que los Cathartes lo rodeen y se preparen un convite acelerando los últimos momentos de la victima. En el campo hay la costumbre de amarrar las bestias de carga con una cuerda que se anuda alrededor del cuello del animal. Un dia ví una mula que habiéndosele desatado la cuerda, la arrastraba por un campo lleno de maleza. La cuerda se enredó entre dos ramas y la mula á fuerza de dar vueltas alrededor del arbusto se estrechó el lazo de tal modo, que sucumbiendo á la fatiga y próxima á ahorcarse, cayó al suelo. El ojo vigilante del zopilote descubrió pronto esta presa y al momento uno de ellos se cernia sobre el matorral. Habiendo visto caer á la mula se acercó á ella y le hizo en el vientre una herida del tamaño del puño. Me aproximé entónces ignorando la causa de la caída del cuadrúpedo, y creyéndolo muerto, ví que la dificultad de respirar por lo apretado que tenia el cuello con la cuerda, era lo que le habia obligado á caer, y habiéndola desatado, se levantó y se encaminó á la caballeriza donde no tardó mucho tiempo en curarse.

En mi concepto, el gusto de estas aves por la carne podrida no es solamente un negocio de preferencia, sino tambien consecuencia de una verda-

dera necesidad. Esta carne es más fácil de desgarrar, y probablemente á causa de la debilidad de sus picos atacan á los animales precisamente por la parte ménos resistente de todo el cuerpo. Puede ser tambien que siendo las entrañas lo que se descompone más pronto, á ellas sea á las que primero se dirijan en los cadáveres frescos, pues allí es donde se desarrolla primero el olor pútrido que tanto les agrada. Despues de haber devorado las entrañas, los zopilotes se alojan completamente en la cavidad que han formado, é instalados en el centro del cadáver, limpian á su sabor el esqueleto, rompen las carnes y caminan en el interior del cuerpo como los mineros en una galería. Devoran casi siempre todo el animal sin romper la piel, que acaba por cubrir solamente los huesos, y que liberta del sol á la carne, impidiéndole secarse miéntras queda un solo pedazo. Kolb ha hecho ya la misma observacion en los pequeños buitres del Cabo de Buena-Esperanza.

Cuando los zopilotes comen animales pequeños, despedazan los huesos con el pico y se los tragan juntamente con la carne. Me han hecho perder un buen número de esqueletos de animales que habia preparado con mucho trabajo y que habia puesto á secar al sol. Cuando me descuidaba, al instante un Cathartes se presentaba y le devoraba hasta el último hueso. Los zopilotes no saben huir con su presa en las garras; si se les perturba su comida, vuelan ó huyen corriendo sin llevarse nada, por lo que creo que ellos me privaron de los esqueletos cuya desaparicion me asombra aún.

El instinto que impele á los zopilotes á atacar á las bestias de carga, hace que les teman los arrieros. Cuando una mula se separa de un hatajo y se pierde, la siguen con la vista y muchas veces pronto consiguen su objeto. La mula suele atorarse en los arbustos, ó bien se echa para descansar, y el peso de la carga le impide levantarse para poderse libertar de sus enemigos. Probablemente si se viera un hombre tirado en el suelo y atado de piés y manos ó solo ligado á un árbol, los zopilotes vendrian á rodearle para cerciorarse de si estaba incapaz de defenderse. Se le aproximarian gradualmente y acabarian por matarlo abriéndole el vientre. Este hecho asombraria si se atendiera solo al tamaño de las aves, pero la experiencia parece probarlo. Recuerdo una historia que me contó mi guía, y voy á referirla, pues me parece digna de figurar en este artículo.

Un arriero, encargado de una conducta de platas con destino á Veracruz, perdió á una jornada de esta ciudad una de sus mulas que se le extravió llevando una carga de cuatro mil pesos.

Llegó el arriero desesperado á la casa de su consignatario, quien, despues de un momento de reflexion le aconsejó se volviera y observara á los zopilotes por el lugar en que habia perdido la mula. Lo hizo así el arriero, y al se-

gundo día percibió en lontananza una multitud de nuestros pájaros que daban vueltas á una gran altura sin alejarse del mismo sitio. Dirigióse el arriero hácia aquel lugar, y cuando llegó bajo el círculo que formaban los zopilotes, encontró á los cuatro días de haber perdido á su mula, viva aún, agobiada bajo el peso del oro y protegida de sus enemigos alados por un espeso bosque de ramas espinosas.

La facilidad extraordinaria con que los zopilotes descubren los cuerpos muertos aun en los lugares más ocultos, naturalmente ha sugerido la idea de que son guiados en sus investigaciones por el sentido del olfato. La amplitud de sus narices demuestra hasta qué punto dicho sentido es fino en estas aves, pero él no basta por sí solo para explicar sus costumbres. Puede el olfato, es cierto, revelarles á grandes distancias la presencia de los cáda-veres; pero ¿cómo podría indicarles la direccion en tiempo de calma, si una vista perspicaz no les ayudase en sus pesquisas? La gran altura á la cual se elevan, demuestra suficientemente que gozan de una potencia de vista prodigiosa. Frecuentemente describen círculos á una distancia tan grande del suelo, que se ven como un punto imperceptible, y puede ser que suban aun más allá de los límites de nuestra vision, para abarcar un espacio más considerable. A esta altura, las corrientes ascendentes de la atmósfera pueden bien llevarles las moléculas olorosas esparcidas en sus capas inferiores; pero es probable que su vista penetrante es su mejor auxiliar en el descubrimiento de los cuerpos muertos. En fin, el sentido del oído adquiere en estos animales un alto grado de finura y les sirve tambien en sus investigaciones. Los zopilotes domesticados, por ejemplo, acuden de léjos cuando se chocan ligeramente dos varillas; siempre notan el ruido que se produce de esta manera y que es semejante al que se hace al despedazar huesos.

Entónces se acercan por pura curiosidad y por darse cuenta de la causa del ruido. Todos los sentidos sirven simultáneamente á los zopilotes con igual finura para buscar sus alimentos: no debe uno asombrarse de su gran sagacidad en descubrir los cáda-veres, considerando que estas aves vuelan en parvadas, que se elevan á una gran altura para poder percibir á distancias prodigiosas á los otros zopilotes que exploran lo mismo que ellos; de manera que cuando un individuo de la banda percibe una presa, todos los otros viéndole precipitarse á ella, vuelan luego en su seguimiento. Todo el país está, por decirlo así, vigilado por estos innumerables pájaros, que unen todos sus esfuerzos para la investigacion minuciosa de las inmundicias. Es necesario unir á estos medios una gran inteligencia, una habilidad rara en el descubrimiento de lo que puede servir para guiarlos. Astutos como el quebrantahuesos,⁴ vigilan sin ser vistos, y su aparicion en muchas circunstancias es de una ra-

pidez inexplicable; depende con frecuencia de una vigilancia preventiva más bien que de la finura olfativa que los distingue.

Por grande que sea la repugnancia que inspiran estas aves, son respetadas por los habitantes de América. En efecto, sus servicios son inmensos; y si más adelante el crecimiento de la población desarrolla en el país el gusto immoderado de la caza que en Europa amenaza destruir á las aves pequeñas, es probable que los zopilotes no escapen á la suerte fatal que les aguarda. Hasta hoy felizmente nadie ha pensado hacerles la guerra si no son los extranjeros recién desembarcados, para quienes la caza de un zopilote tiene todo el encanto de la novedad; pero semejante hazaña trae consigo su castigo; apenas el valiente cazador levanta el fruto de su destreza, cuando un olor infecto le hace arrojar su presa: si su víctima solo está herida, tiende hácia él su cuello carnudo cubierto de repugnantes arrugas y de trozos de carne podrida cuyo aspecto haria provocar náuseas á un desollador de profesion. El naturalista que quiera preparar un zopilote, necesita ciertamente un valor á toda prueba.

He dicho ántes que los zopilotes pueblan las ciudades y sus cercanías, pero no solo abundan en estos grandes centros de población: cosmopolitas por sus gustos, siguen la marcha del género humano y establecen sus penates en todos los lugares habitados. Su presencia es siempre la consecuencia necesaria de la del hombre. Luego que se funda una colonia, cierto número de zopilotes se radica en sus inmediaciones. En algunos distritos del país la población es muy vagabunda, emigra fácilmente de un lugar á otro. Siempre que tiene lugar esta traslación, los zopilotes van á buscar fortuna por otra parte; así es que la aparición de estas aves formando círculos en el aire, indica con seguridad la proximidad de lugares habitados ó de caminos concurridos, y despues de un largo aislamiento, el viajero saluda á lo léjos con júbilo á esta ave lúgubre que de cerca solo inspira horror y repulsion. Puede ser que no exista entre el mundo alado de México un sér más cosmopolita que el zopilote: todos los climas le convienen, se le encuentra tanto en las mesas como en las tierras calientes de las costas. Cuando se sube á la meseta ya no se les ve en tan grandes parvadas; parece que no están allí sino porque la presencia de los hombres y de los rebaños les ofrece una abundante nutricion, y su número mucho menor en estas regiones prueba que no han nacido para su clima riguroso. Ignoro hasta qué altura se elevan en las montañas, y creo que no habitan á una mayor de 8 á 9,000 piés: pero como en México los climas más diversos están frecuentemente reunidos en límites muy estrechos, sucede por lo regular que permanecen de noche en el fondo de cañadas calientes, y en el dia van hasta las montañas más elevadas. Además, más allá

de 9,000 piés no se encuentran habitantes, y por consiguiente ni zopilotes. En la mesa del Anáhuac, las haciendas y ranchos se elevan en un terreno desnudo, ordinariamente sin árboles, y probablemente por esta razón carecen de zopilotes, mientras que en las tierras calientes desde lejos se ven los árboles de las calzadas y los caminos cubiertos de perfiles negros é inmóviles. Los grandes bosques nunca son habitados por estos animales; pero si en medio de uno de ellos se eleva una habitación, muy pronto nuestros pájaros llegan de muchas leguas de distancia á establecerse allí.

Se ve que la naturaleza ha apropiado admirablemente los zopilotes á las necesidades del hombre; esta ave es verdaderamente creada para bien del género humano y del país que habita: esta es una de las raras ocasiones en que comprendemos el objeto de la naturaleza apreciando la utilidad de un sér de la creación. Este animal, encargado de impedir la formación de miasmas destruyendo rápidamente los cadáveres, existe en mayor número precisamente en donde un calor excesivo produce la putrefacción rápida de las carnes. Es ménos abundante en la mesa central en que la descomposición de los cadáveres es lenta, y en donde los miasmas raros y poco peligrosos no exigen un remedio tan pronto; falta completamente en donde no existe el hombre: en fin, vive en lugares en que causas generales vician el aire por una constante putrefacción, como á los bordes del mar en que millares de cadáveres de animales son sin cesar arrojados á las playas. Si la cantidad de inmundicias aumenta por cualquier motivo, los zopilotes se multiplican también en número proporcional, de manera que siempre bastan para la destrucción de las materias pestilenciales. De esta manera, el mal lleva en sí mismo su remedio, gracias á esta ley de equilibrio de la naturaleza que casi jamás falla. Un hecho notable y que importa señalar, es que los zopilotes son unos de los pocos animales salvajes cuyo número se ha aumentado por la presencia del hombre. Es evidente que ántes de la conquista, la especie debía ser ménos abundante que en la actualidad, pues aunque México fué probablemente más poblado que ahora, los zopilotes no encontrarían su nutrición con la facilidad que hoy. La aclimatación de los animales domésticos de Europa, la introducción de las razas bovina y equina, sobre todo, ha debido por lo ménos decuplar su número proporcionándoles un alimento abundante en los cadáveres que desde esa época siembran tan frecuentemente el terreno, y que el indolente habitante del país descuida enterrar, abandonando á la naturaleza siempre previsora, el cuidado de hacerlos desaparecer. La utilidad de estas aves no ha sido apreciada por Buffon, que hacia de nuestros zopilotes séres tan odiosos como los lobos, nocivos durante su vida é inútiles despues de su muerte. Los indios al contrario, han comprendido su utilidad desde tiempo inmemorial, y se ha

trasmitido en ellos cierto respeto por este buitre, sin que lo hayan hecho objeto de ningun culto supersticioso. Los europeos han sabido tambien apreciar sus servicios: dicen que los españoles los han aclimatado en la Isla de Cuba donde en la actualidad abundan; los ingleses los han llevado á Jamaica, protegiéndolos con las leyes, de suerte que pronto han venido á ser tan familiares en las costas como en tierra firme. No existen en Haití, en donde la desidia de los negros los hace mas necesarios que en ninguna otra parte. En este país las inmundicias y los restos de los asnos y de los caballos permanecen tirados en medio de las calles ó á las orillas de las ciudades. Los cerdos son los encargados de limpiar el suelo; ellos reemplazan allí á los zopilotes, nutriéndose casi exclusivamente con cuerpos muertos. Tal alimento comunica, es cierto, á la carne de este mamifero un sabor desagradable, pero el paladar de los negros es poco delicado. La ausencia del zopilote en Santo Domingo demuestra cuán perezoso es, y hasta qué punto se fija en el distrito que explota, puesto que no ha atravesado el brazo de mar que separa á Cuba de Santo Domingo, adonde le llaman festines infinitos. Este hecho manifiesta cuán errónea es la suposicion de Buffon que pretende que ha atravesado el océano entre la Guinea y el Brasil. Ninguna ave es ménos viajera ni posee ménos que ésta el instinto de la emigracion.

En México existen dos especies bien distintas de zopilotes. Una con la piel del cuello y de la cabeza negra, es la especie vulgar ó el *Urubú*; la otra con estas partes del cuerpo rojas, es la *Aura*.⁵ Esta última se encuentra mucho ménos repartida, y se le halla sobre todo en las tierras calientes y templadas. No vive en grandes parvadas como el *Urubú*, su pico es mas fuerte y ménos alargado, lo que explica sus tendencias mas solitarias. Esta especie es la única que he matado en las Antillas, é ignoro si el *Urubú* vive tambien en ellas. Se encuentra aún el zopilote real,⁶ que es negro y blanco; vive solitario, y parece ser muy raro. Los habitantes del país lo consideran como el rey de los zopilotes: pretenden que estos le ceden el paso con deferencia y se mantienen inmóviles alrededor de la presa que él devora, sin tocarla jamás. No he tenido ocasion de rectificar este hecho, que se explica por el derecho del más fuerte, sin recurrir á nada maravilloso.

(Sausurre: Observaciones sobre las costumbres de las aves de México, traducidas por J. M. A.)

NOTAS.

1 Esta asercion no es exacta, pues el vulgo distingue las dos especies dándole á una el nombre de *aura* y á otra la de *zopilote*.

2 Los zopilotes no construyen nidos; depositan sus huevos en las anfractuosidades de las rocas ó de las paredes arruinadas; sus huevos son ovados, el cascarron de un blanco azulado cubierto ya con puntos de un color moreno rojizo, y otros violetas más numerosos hácia la extremidad más gruesa, ó ya con manchas morenas y violetas; sus dimensiones son en su mayor diámetro 0,0070 y en el menor varía de 0,0043 á 0,0045: los de la *aura* son muy parecidos en su forma y color, pero difieren por ser más alargados y más grandes; su mayor diámetro es de 0,0077 y el menor de 0,0048 á 0,0050.

3 Azara refiere varios ejemplos de zopilotes domesticados á tal grado, que acudian al llamamiento de sus amos: este hecho ha sido comprobado por las observaciones de otras personas.

4 *Poliborus brasilensis*.

5 Las auras, el zopilote comun y el real, pertenecen al órden de los Accipitres sub-órden Accipitres diurnos, tribu de los Vulturídeos, familia de los Sarcoramphinos; los dos primeros al género *Cathartes* (Illiger), cuyos caracteres son los siguientes: pico largo, delgado, poco elevado, cubierto por la cera en los dos tercios de su longitud, ligeramente hinchado arriba de las narices, y en la base de su porcion córnea apical, comprimido en los lados; narices abiertas en la mitad de la cera, paralelamente á la longitud del pico; alas largas, obtusas; la 3ª y 4ª remera iguales entré sí y más largas que las otras; cola mediana, igual ó arredondada; piernas emplumadas hasta la rodilla; tarso de la longitud del dedo medio, cubierto con escamas irregulares ó reticulado en su parte anterior; los dedos laterales, medianos, iguales y unidos al medio por una membrana; pulgar corto y débil; uñas poco fuertes con la punta embotada; cabeza, occiput y garganta sin plumas ni carúnculas, cubiertas con una piel membranosa y arrugada, sobre la cual se encuentra uno que otro pelo.

El zopilote, *Cathartes fœtens*, (Chenu). *Vultur atratus*, (Idilson). *Vultur brasilensis*, (Lath). *Catharista urubu* (Vieill), tiene la cabeza y la parte superior del cuerpo, cubiertas con un algodón corto y áspero, no tiene crestas, ni carúnculas, ni arrugas en la piel; la cabeza, el cuello y la cara, son de un color negro violeta; el iris azafranado; el pico, negruzco en la base y blanco en la extremidad; plumaje uniformemente negro; el algodón que protege la piel, blanco; dedo anterior, muy largo; uñas, negras. Dumont de Ste. Croix. Parece que no tiene voz.

La *Aura*, *Cathartes aura*, Lath. *Vultur aura*, L. *Vultur iota*, Molina. *Catharista aura*, Vieill. Segun Dumont, difiere del zopilote por su menor talla, por el color de la piel, de la cabeza y cuello, que es rojo, y por el plumaje de un negro ménos pronunciado y ménos brillante.

Tenemos además el *Cathartes californianus*, Latham, cuyo plumaje tambien es negro; las remeras secundarias, blancas en la extremidad; las tectrices morenas; la cabeza y cuello completamente desnudos, lisos y de un color rojizo, una raya negra atraviesa la frente, y otras dos el occiput; la garganta está rodeada en su base por un círculo de plumas negras y angostas; los tarsos son negros.

6 El zopilote real es el *Sarcoramphus Papa*, de Dumeril. Las aves de este género, tienen el pico mediano, cubierto por una cera carunculada en el primer tercio de su longitud, hinchado en el último, y encorvado, formando un gancho en la punta; las narices se hallan en medio de la cera, son anchas, arredondadas y desnudas; las alas largas, puntiagudas; la 3ª y 4ª remera, iguales entre sí y más largas que las otras; la cola es mediana, igual y casi cuadrada; las piernas se hallan emplumadas hasta las rodillas; los tarsos de la longitud del dedo medio están guarnecidos de escamas reticuladas ó arredondadas; los dedos son medianos; los laterales, cortos y casi iguales, unidos al medio por una membrana y cubiertos con escamas regulares en toda su superficie; el pulgar es mucho más corto que los otros dedos; las uñas son fuertes, ligeramente encorvadas y poco aceradas; cabeza, cuello y frente desnudos; sobre la nariz se hallan algunas veces crestas más ó menos desarrolladas.

El zopilote real, *Coscaquauhltli* de los aztecas, es sin duda la mas hermosa especie de los Vulturídeos; la parte superior de su cuerpo, de color bermejo, claro y brillante, contrasta muy bien con la inferior, de un blanco puro; el pico es negro en su base y rojo en el resto de su extension; iris blanco circundado de rojo; sobre la nariz se levanta una cresta carnuda y anaranjada, dividida en dos lóbulos, erizada de carúnculas dentadas, de una consistencia blanda y no erectiles; las fosas nasales grandes y ovales; la piel de la cabeza es violeta, cubierta en el occiput con pelos color de pizarra, rígidos y cortos; de la parte posterior del ojo parten gruesas arrugas que se unen á unas bandillas numerosas de un hermoso anaranjado, situadas atrás de la cabeza; otros pliegues se dirigen hácia la garganta, sobre la que forman un collar elástico, en unos puntos de un rojo de fuego, en otros de un amarillo de oro ó grises, las mejillas son rojas con placas de un violeta oscuro; las partes laterales del cuello se hallan teñidas de rojo cinabrio, y la anterior, de color de oro; los tarsos son fuertes, azulados y reticulados.

Los *Sarcoramphus* se elevan en los aires á una altura prodigiosa, desde la que distinguen sin embargo con facilidad á los animales muertos, á los reptiles é inmundicias que les sirven de alimento. Viven por pares en las sabáneas secas y calientes; no se reúnen en bandadas sino cuando descubren algun cadáver ó algunas inmundicias, ó cuando se incendia algun bosque, en cuyo caso acuden de grandes distancias, se aproximan poco á poco al fuego y buscan entre las cenizas aun calientes, los cadáveres tostados de las serpientes, lagartijas, etc.: es muy fácil entónces cazarlos, pues en esos casos no temen los peligros, y el cazador puede acercárseles demasiado.

Son aves sedentarias, cuyas excursiones no se extienden á más de cinco ó seis leguas del lugar de su residencia, á no ser en algunas circunstancias excepcionales como la que acabamos de mencionar. No construyen nidos; sus huevos los depositan é incuban en las hendeduras de las rocas.

La mayor parte de los datos consignados en estas notas han sido tomados de Orbingny, Lesson, Dumont y Vieillot.

ALFONSO HERRERA.

